

«**I**D POR TODO EL MUNDO Y PROCLAMAD LA BUENA NUEVA A TODA LA CREACIÓN» (Mc 16,15). «SERÉIS MIS TESTIGOS... HASTA LOS CONFINES DE LA TIERRA» (HCH 1,8). A TODOS LOS FIELES CRISTIANOS, DE TODO TIEMPO Y LUGAR, se les ha confiado la tarea de evangelizar, dando testimonio de Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, hasta el último rincón de la tierra. De esa misión todos los creyentes —como también cada porción, pequeña o grande, del Pueblo de Dios— participamos precisamente por ser miembros vivos del Cuerpo de la Iglesia. Esto significa que nada que es del cuerpo nos es ajeno, y que, como todos y cada uno de los miembros, somos responsables del desarrollo de la vida y misión de la Iglesia. Es una verdad lo que el decreto del Concilio sobre el apostolado de los laicos recordaba con gran fuerza: «es tanta la conexión y trabazón de los miembros en este Cuerpo (véase Ef 4,16), que el miembro que no contribuye según su propia capacidad al aumento del cuerpo debe reputarse como inútil para la Iglesia y para sí mismo»<sup>1</sup>.

Cada creyente, por lo tanto, como también cada cada porción de la comunidad de creyentes, es responsable de toda la Iglesia, y debe comprender su llamado en el mismo horizonte universal que es el de la Iglesia. Los que formamos parte de la porción del Pueblo de Dios que peregrina en América Latina, hemos renovado esta conciencia de forma particularmente intensa con la elección del cardenal Jorge Mario Bergoglio, hasta ese momento Arzobispo de Buenos Aires, como

---

1. *Apostolicam actuositatem*, 2.

sucesor de Pedro. Un hijo de nuestras tierras, que a veces puede parecer que están «casi en el fin del mundo»<sup>2</sup>, ha sido llamado a servir a la Iglesia como Obispo de Roma, la comunidad que, en expresión de San Ignacio de Antioquía, «preside en la caridad»<sup>3</sup> a todas las Iglesias, y por ello como Pastor universal. Lo ha sido como heredero de la rica tradición eclesial americana, con su historia de luces y sombras de más de medio milenio. La semilla de la fe, sembrada por el bautismo y madurada en tierras latinoamericanas, ha crecido y con la elección de Francisco podemos decir que ha sido considerada capaz de llevar sobre sus hombros la responsabilidad de conducir a la Iglesia universal.

No es por eso extraño que, desde el inicio del pontificado del Papa Francisco, muchos hayan vuelto la mirada hacia el continente que, según el beato Pablo VI, es «esperanza de la humanidad y de la Iglesia»<sup>4</sup>, buscando comprender la fisonomía peculiar del catolicismo latinoamericano, donde nació y se formó el actual sucesor de Pedro. Nuestra historia de fe, nuestro patrimonio cristiano, expresión de la síntesis viviente labrada

*Cada creyente como también cada cada porción de la comunidad de creyentes, es responsable de toda la Iglesia, y debe comprender su llamado en el mismo horizonte universal que es el de la Iglesia.*

por la fe que está en el origen de la identidad cultural de nuestros pueblos, las grandezas y las miserias de nuestro esfuerzo por seguir al Señor, los desafíos y retos que enfrentamos como creyentes, todo ello está hoy ante los ojos de muchos, interesados —a veces fascinados—

por el acontecimiento de que un latinoamericano haya sido llamado, en estas primeras décadas del tercer milenio, a conducir la barca de Pedro.

Es verdad que en esa mirada, que no es solo la de los miembros de la Iglesia universal, sino también la del mundo, no han faltado las confusiones y las distorsiones. Sin embargo, más allá del complejo y ambiguo fenómeno mediático, es importante, de manera especial para los que peregrinamos como creyentes en América Latina, que este momento sea para nosotros una invitación a volver la mirada sobre nuestra vocación cristiana, y nos lleve a una

2. Francisco, *Palabras durante la bendición apostólica urbi et orbi*, 13 de marzo de 2013.

3. San Ignacio de Antioquía, *Carta a los romanos*, Proemio.

4. Pablo VI, *Discurso a un grupo de peritos agrarios de América Latina*, 28 de abril de 1964.

comprensión más profunda y clara de la identidad y misión que el Señor quiso regalarnos a los que hemos sido llamados a dar testimonio de la fe desde este continente. Se trata de una identidad y misión que, como toda vocación cristiana, está llamada a enriquecer a toda la Iglesia y a dirigirse al mundo entero, y de la cual debemos hacernos responsables de manera renovada.

Este número de *Persona y Cultura* busca por ello ofrecer pistas para una reflexión sobre la identidad del catolicismo que surgió en nuestro continente cuando, en palabras de Benedicto XVI, «la sabiduría de los pueblos originarios les llevó afortunadamente a formar una síntesis entre sus culturas y la fe cristiana que los misioneros les ofrecían», dando lugar a una identidad nueva en la Iglesia, caracterizada entre otros rasgos por «la rica y profunda religiosidad popular, en la cual aparece el alma de los pueblos latinoamericanos»<sup>5</sup>.

Esa reflexión es un fundamento necesario para hacernos responsables de nuestro patrimonio de fe, y para así volver a ofrecerlo a toda la Iglesia y al mundo. Nos anima también la confianza en que, como ha re-

*Se trata de una identidad y misión que, como toda vocación cristiana, está llamada a enriquecer a toda la Iglesia y a dirigirse al mundo entero, y de la cual debemos hacernos responsables de manera renovada.*

cordado recientemente el Papa Francisco, fue por la intercesión de María, que «la fe cristiana fue convirtiéndose en el más rico tesoro del alma de los pueblos americanos, cuya perla preciosa es Jesucristo: un patrimonio que se transmite y manifiesta hasta hoy en el bautismo de multitudes de personas, en la fe, esperanza y caridad de muchos, en la preciosidad de la piedad popular y también en ese *ethos* americano que se muestra en la conciencia de dignidad de la persona humana, en la pasión por la justicia, en la solidaridad con los más pobres y sufrientes, en la esperanza a veces contra toda esperanza»<sup>6</sup>.

5. Benedicto XVI, *Discurso inaugural en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, Aparecida, 13 de mayo de 2007.

6. Francisco, *Homilía en la Solemnidad de la Virgen de Guadalupe*, 12 de diciembre de 2014.

Fue precisamente confiando en la protección de la Virgen que Pío XII afirmó su «esperanza de que dentro de poco América Latina pueda hallarse en condiciones de responder, con vigoroso empuje, a la vocación apostólica que la Providencia divina parece haber asignado a ese gran continente, de ocupar un puesto preeminente en la nobilísima tarea de comunicar también a otros pueblos, en lo futuro, los ansiados dones de la salvación y de la paz»<sup>7</sup>. Es nuestro deseo que los trabajos que contiene esta nueva edición de nuestra revista, sean una contribución para que avancemos a hacer realidad esa esperanza.

---

7. Pío XII, Carta apostólica *Ad Ecclesiam Christi*, 29 de junio de 1955, 3.